

1.280.088. De 1854 á 1863, es decir, durante un período de diez años, se han comprobado entre los pobres, respecto de los cuales ni se averigua siquiera por qué no pueden vivir, 3292 fallecimientos ocasionados por el hambre. No falta quien afirme que mueren cada año 78.500 personas de hambre en aquel reino, y 7.500 en sola la capital. ⁽¹⁾ Y lo que allí sucede, ocurre también poco más ó menos en todas partes. De 908.630 familias, contaba en 1853 Bélgica, cuya floreciente industria la hace superior á muchos otros Estados, 446.000 que vivían en la miseria, 373.000 que vivían en situación precaria y solamente 89.630 que viviesen con holgura. ⁽²⁾ Tres meses después de la exposición universal de Chicago había en New-York 160.000 individuos sin trabajo según datos oficiales, ⁽³⁾ en Chicago 117.000, en Boston 40.000, y en todos los Estados Unidos, refugio hasta entonces de cuantos buscaban trabajo, 15 millones de individuos que carecían de él y de pan. Fué tanta la miseria, que en las casas de corrección organizaban los detenidos colectas para socorrer á los que estaban en necesidad. ⁽⁴⁾ He ahí lo que ocurre en una sociedad, donde se dice con razón que dentro de poco no habrá millonarios sino archimillonarios. Cuanto mayor es la riqueza pública, más amarga es la miseria general. Semejante partición de de la riqueza, tal desigualdad, una contradicción tan chocante entre la riqueza desmesurada y la más intolerable miseria, ¿no es una prueba de que la sociedad se halla en forma de que está en verdadera decadencia?

Decimos miseria, que es muy diferente de la pobreza; ésta es una carga, aquélla constituye una falta de la humanidad. La pobreza es carencia de bienes exteriores, pérdida de propiedad, incapacidad de subvenir á las necesidades personales. Todo esto es tolerable y casi no puede evitarse. Siempre hubo pobres y siempre los habrá. ⁽⁵⁾ Pe-

(1) Helwald, *Die Erde und ihre Völker*, II, 173.

(2) Cf., Meyer, *Emancipationskampf des vierten Standes*, II, 208 y sig.

(3) *Allgem. evang. luther. Kirchenzeitung*, 1894, 287.

(4) *Revue des Revues*, 367 y sig., 256 y sig.

(5) Mat., XXVI, 11.

ro si la sociedad hiciese lo que debe para dulcificar su suerte, y la fuerza de resistencia interior moral y religiosa equilibrase la presión exterior, á nadie aplastaría.

La miseria es la imposibilidad personal de subvenir á las necesidades, y el abandono por parte de la sociedad á que se pertenece. La miseria es una desgracia á la vez interior y exterior; cuando la necesidad exterior llega á ser tal, que conduce á la pérdida de la capacidad de poder mantenerse, hasta la consunción de las fuerzas, la disminución de la vida, la debilitación general y duradera de la capacidad de vivir; cuando la sociedad nada hace, ó no hace lo suficiente para remediar tal estado; cuando el sentimiento de que se está desprovisto de auxilio y protección lleva al acobardamiento, á la barbarie, al desarreglo, á la venganza, á la desesperación; tenemos ante nuestros ojos la miseria. En la historia de Barlaam y de Josafat se cuenta de un príncipe que gustaba recorrer de incógnito las calles con sus consejeros para ver lo que pasaba á sus vasallos. Cierta día, en uno de sus paseos, vió salir del suelo un rayo luminoso. Habiéndose acercado al punto de que partía el rayo, vió que procedía de una gruta subterránea: un hombre vestido de harapos estaba cerca de una escasa lumbre; junto á él, su mujer que le daba de beber después del trabajo del día, y en tanto que él bebía, se puso ella á cantar y á bailar para distraerle. ⁽¹⁾ Esa es la pobreza. Para saber lo que es miseria no necesitamos consultar antiguas historias.

Tenemos tantos ejemplos en nuestros días, que ocurre preguntar cómo tenemos valor para censurar lo que llamamos sombrío pasado, el cual, sin embargo, apenas conocía la miseria. Todos, en efecto, haríamos bien en cubrirnos la cara ante el sol que alumbraba á nuestros padres, en tanto que ahora, cada año, los cuadros estadísticos nos reprochan por gastar sumas considerables en mortíferas armas, en objetos de lujo, en bebidas, en cigarros. Con todo esto habrían hecho mil veces más establecimientos de benefi-

(1) Juan Damasc., *Barlaam et Josaphat*, 16 (Migne, III, 999).

cencia y fundaciones que en su pobreza hicieron, en tanto que el aumento de nuestra riqueza nacional, de nuestros medios de civilización, de nuestras refinadas artes, equivalen para nosotros á un aumento de crímenes, de suicidios, de miserias.

Las palabras *nosotros todos*, deben tomarse aquí en toda su extensión. La responsabilidad de esta miseria alcanza á todos los miembros de la sociedad, pero aun más á la comunidad que á los individuos. Es inevitable el que haya pobres y pobreza en el estado de humanidad caída en que vivimos; pero no debería haber miseria, y ninguna sociedad debía tolerar el que en su seno la hubiese. La pobreza es soportable, porque se le puede poner remedio; la miseria es intolerable porque le falta la protección de la totalidad. La pobreza, no es, pues, para la sociedad una vergüenza, como no es un pecado contra la ley de Dios. La diferencia entre el pobre y el rico, es un orden establecido por Dios; pero si la sociedad priva al pobre de su protección, si deja en libertad la explotación y la usura; si la pequeña minoría que nada en oro, no solamente no ofrece ningún medio para salir de su situación á la muchedumbre privada de auxilios, sino que la oprime y la explota; si el lujo excesivo de unos hace sentir á los otros tanto más amargamente su miseria; si la inmoralidad que inspiran la arrogancia y el crimen cometidos contra la ley divina es cien veces peor que la inmoralidad á que conduce la miseria negra; si gracias á los excesos y á la falta de principios en las turbas, caen los pueblos en un estado donde sólo hacen impresión hombres como Nietzsche, Krapotkin, Ravachol y Vaillant, y en que el género humano se cree obligado á ponerse en guardia contra la presión exterior por medios de aturdimiento y de excitación como el alcohol, el opio, la absenta, el éter; la sociedad misma está muy enferma.

No sólo está enferma, sino que es culpable porque ha faltado gravemente á su deber.

Pero como tales situaciones se reproducen desgraciada-

mente en la historia, en Roma como en tiempo de los califas y en la sociedad moderna, de tal suerte, que incitan á decir que penetraron profundamente en la médula del mundo de una manera indiscutible, la humanidad misma da la prueba de que está enferma, y enferma de muerte; y lo que es peor aún, que ha caído muy bajo, que es una gran criminal, tanto por herencia como por costumbre. Sí, se puede responder sin temor, afirmativamente, á la pregunta de si los pueblos pueden errar, que no solamente los pueblos, sino una sociedad entera, aunque gracias á Dios, no de un modo absoluto y para siempre, pueden caer en la demencia, en la embriaguez, en la locura, en el crimen. Ninguna época es más á propósito que la nuestra para demostrar que no sólo hay enfermedades físicas contagiosas, sino que hay también una *influenza* de complacencia en el mal, una peste de la incredulidad, un *bacillus* de la grosería, de la anarquía, y del furor de destrucción.

4. La humanidad es solidaria de los crímenes de sus miembros más perversos.—Tratando este asunto, pensamos de nuevo en la ligereza con que el género humano mira las cosas más malas; se deploran los tristes acontecimientos del día, se los censura, se habla de ellos, pero á nadie se le ocurre preguntar cual es la causa; y, sin embargo, debe imputarse ésta en mayor número de casos á los que tratan ligeramente de ello, que á los que parecen á primera vista responsables, y no menos á la totalidad, que á los individuos tan severamente juzgados.

La historia nos ofrece más de un testimonio. El hombre puede ver en Nerón un ejemplo de la degradación de que es capaz; pero aquel tirano se había asimilado las singularidades del pueblo romano por modo tal, y se había por esa razón hecho tan popular, que aquel pueblo no quería creer en su muerte, esperando siempre que volviese ⁽¹⁾

(1) Tácito, *Hist.*, 2, 8. Sueton., *Nero*, 57. Vict. Petav., *Com in Apoc.* (Bibl. M. P. P., III, 420, c. d.). Severo Sulp., *Dial.*, 2, 6. Agustín, *Civ. Dei.*, 20, 9, 3. Jerón., *In Daniel*, 11, 28. Malvenda, *Antichrist.*, 1, 21. Reumont, *Gesch. der Stadt Rom*, I, 389 y sig.

y hasta lo aguardaba con impaciencia. ⁽¹⁾ Tres impostores osaron presentarse en su nombre, ⁽²⁾ y el ardor con que se le deseaba continuó siempre de tal suerte que, aun entre los cristianos que esperaban la próxima venida del Antecristo, creían muchos que éste podría muy bien ser el terrible emperador. ⁽³⁾ No procedieron de otro modo los romanos á la muerte de Caligula, ⁽⁴⁾ y de Domiciano. ⁽⁵⁾ Todos los excesos de rabia, de desprecio hacia los hombres y de desórdenes con que estos monstruos mancharon el género humano, no les hicieron perder la afección del pueblo; al contrario, la humanidad se interesó por ellos hasta en los infiernos.

Un ejemplo semejante presenta la historia rusa. Por sus atrocidades precisamente fué Ivan el Terrible favorito de su nación: lo que inspiraba á los rusos gran respeto hacia él, fué haber hecho degollar cerca de 60.000 hombres en pocas semanas. Todavía hoy es para ellos objeto de admiración. ⁽⁶⁾

No obstante eso, carecemos de derecho para despreciar á los antiguos ó á los bárbaros del Norte, pues nuestros estéticos enseñan á los que desean instruirse y van á buscar en sus doctrinas la formación del gusto, que debe contarse á Catilina, Medea, Macbeth entre los ornamentos de nuestra raza. ⁽⁷⁾ ¡Qué bajo necesita caer un hombre para llegar á ser un Danton, un Marat, un Collot d'Herbois! Y, sin embargo, es comprensible hasta cierto punto; pero ¿qué pensar, cuando una mujer, Jorge Sand, ⁽⁸⁾ que, sin estar turbada por el horror del momento, sino con reflexiva calma, en su gabinete de trabajo donde vive segura,

(1) Dio Crisóst., Or. 21 (Dindorff, Lips, 1857, I, 300).

(2) Tácito, *Hist.*, 1, 2; 2, 8 y sig. Dio Casio, 64, 9. Sueton., *Nero*, 57.

(3) Lactanc., *De morte persecutor.*, 2. Sulpic. Severo, *Hist.*, 2, 28 y sig. *Dialog.*, 2, 14. Agustín, *Civ. Dei.*, 20, 19, 3.

(4) José Flor., *Antiq.*, 19, 1, 16, 17. Sueton., *Caligula*, 60.

(5) Sueton., *Domitian.*, 23.

(6) Hermann, *Gesch. des russischen Staates*, III, 218. Karamsin, *Gesch. des russischen Reiches*, IX, 61 y sig. 90.

(7) Jungmann, *Ästhetik*, (2) 244.

(8) Jul. Schmidt, *Gesch. der franzoes. Literatur seit der Revolution* (1858), II, 570.

coloca á Robespierre y á Saint-Just entre los más grandes hombres de la historia y los recomienda á la veneración del género humano como verdaderos genios? También Buchez ⁽¹⁾ venera sinceramente á los virtuosos jacobinos, y no encuentra ninguna diferencia entre Robespierre, Marat y Fenelón, no siendo la de que la compasión de los primeros por las desgracias del pueblo, cuyos intereses bien entendidos eran favorecidos por sus matanzas, había agriado un poco su corazón.

Desgraciadamente no van solos tales extravíos: la manía de conceder á esos monstruos de la historia un honor sin restricciones, se ha hecho contagiosa. Adolfo Stahr tuvo la audacia de acusar á Tácito de calumnia, y de canonizar á Tiberio y Agripina y encontró imitadores. Casi parecería también que Nerón haya llegado á ser el favorito de nuestros pueblos. Después que Gerónimo Cardano hizo su apología, Reinhold en Alemania, Latour de Saint-Ibars, Dubois Guchan y otros en Francia, han tratado de él últimamente, procurando probar que debía considerársele como un hombre ilustre y excelente. ⁽²⁾ Fourier encuentra que fué más útil á la humanidad que Fenelón, pues dice, expresando con ello el principio en que reconocemos la convicción general de los tiempos modernos, que cuanto mayores son las pasiones, más ventajosas para la humanidad son sus consecuencias. Expresaba así perfectamente el pensamiento de la mayoría de su pueblo, como se ha visto muy bien después cuando los franceses dieron en celebrar el aniversario de la gran Revolución; parecería que jamás produjeron grandes hombres fuera de aquellos cortadores de cabezas; de tal modo son estos ensalzados, y tan poco caso se hace de los otros. En presencia de tales hechos, sin duda no será injusto pretender que la totalidad es tan mala como los peores de sus miembros, y que no es pequeña la cooperación de la humanidad en los crímenes de los individuos.

(1) Jul. Schmidt, *loc. cit.*, II, 600 y sig.

(2) Champagny, *Les Césars*, (5), 1, XXIV.

5. **La sociedad tiene muchas veces más parte en los vicios de la civilización que los individuos.**—Pero no basta esto, es necesario confesar francamente que la sociedad es á menudo mucho más responsable de los abusos ocurridos en ella, que los individuos renovándolos constantemente.

Sabemos á qué nos exponemos con hablar así; sabemos que se nos acusará de rigorismo y de manía de querer condenarlo todo, pero aunque nos guste poco el reproche, diremos, sin embargo, la verdad. Cuanto más se previene el hombre contra la verdad y más daño le hace esa revelación por su falta de seriedad y su indiferencia increíble, más necesario es sacarle de esa ilusión funesta.

Sí, es una verdad amarga, pero es verdad que una gran parte de los vicios, crímenes y abusos de nuestra civilización deben ser atribuídos á la sociedad entera. Es una verdad que no sólo hay pecados cometidos por hombres, sino también pecados cometidos por la humanidad, y que frecuentemente debe compadecerse á los individuos como víctimas de la falta común, en vez de condenarlos como una peste de la sociedad. Tenemos pruebas por desgracia bastante numerosas. En Inglaterra fueron arrestados desde 1857 á 1865 por embriaguez 816.821 personas. Entre 1850 y 1859, murieron más de 8.000 hombres en el mismo país á consecuencia de aquel vicio. En la sola ciudad de Liverpool arrestó por esta misma causa la policía desde 1858 á 1864, es decir en un espacio de siete años, 81.653 personas, de la cuales 46.641 hombres y 35.012 mujeres. En Alemania el número de condenados por los tribunales fué de 253.234 hombres y 62.615 mujeres en 1882; de 250.933 hombres y 63.163 mujeres en 1883; de 264.156 hombres y 64.336 mujeres en 1884; de 263.675 hombres y 61.563 mujeres en 1885; de 271.857 hombres y 61.569 mujeres en 1886. Tales cifras dicen suficientemente que la sociedad entera está enferma.

Pero no siendo nuestro objeto manifestar que está enferma, queríamos tan sólo decir que es culpable, y esto se

advierte enseguida cuando se entra en detalles. Durante el solo año de 1868 se llevó en New-York al asilo destinado á los borrachos 2.153 personas pertenecientes á las mejores clases de la sociedad. En ese número no había menos de 1.300 señoritas pertenecientes á las casas más ricas. ⁽¹⁾ En siete años, de 1858 á 1864, entre las diferentes clases de malhechores, en Inglaterra se contaban 121.172 jóvenes que no llegaban á los dieciseis años, ⁽²⁾ y no eran solo individuos de baja condición, sino también niños pertenecientes á las clases elevadas. De 1840 á 1850, hubo en el pequeño reino de Bélgica 76.000 niños abandonados por sus padres y entregados á la caridad pública en los hospicios. En la ciudad de Viena, desde 1801 á 1850 no fué menor de 219.807 el número de esas pobres criaturas. ⁽³⁾ En Baviera, desde 1835 á 1879, no hubo menos de 80.000 niños que murieron abandonados y por falta de los padres sin que los tribunales hayan podido castigar á éstos. ⁽⁴⁾ En New-York, según la estadística oficial de defunciones, en 1885 se hallaron 5.763 cadáveres, entre los cuales 1.968 de niños, que fueron retirados de los depósitos de basuras y de las alcantarillas; de ellos, sólo 148 fueron reconocidos; á todos los demás hubo que enterrarlos en el cementerio de pobres.

Hacia 1850 había cerca de París unos barrios como jamás ciudad alguna los hubiera tolerado en otro tiempo; uno de ellos era llamado entre la gente del pueblo *Fosa de los Leones*. Había sido una cantera abandonada que el propietario dió en el arrendamiento; pocas semanas después estuvo pobladísima. Cada inquilino debía construirse su propia casa, tomando para ello cuanto podía encontrar, piedras, trapos viejos, telas embreadas, ventanas procedentes de iglesias y construcciones demolidas; pero el propietario obtenía una renta de 40.000 francos. El otro barrio

(1) Ettingen, *Moralstatistik*, 870-872 (3 Aufl., 689).

(2) Ettingen, *Moralstatistik*, (1) *Anhang*, p. 103, *Tabelle*, 117.

(3) *Ibid.*, (3) 333 y sig.

(4) *Ibid.*, (3) 714.

llamado la *Ciudad Dorada* presentaba el aspecto de una caja de conejos. ⁽¹⁾

Al principiar el año de 1880, Viena tenía en los hospitales, y solamente en hospitales especiales, 6.000 personas víctimas de sus desórdenes, en la prisión de policía 42.300 vagabundos, en el asilo de obreros 2.400 hombres, en las casas de refugio 1.300 personas y en el asilo de niños recogidos 34.000 niños abandonados. Había además 101.300 pobres, 56.200 enfermos pobres también, y 20.000 mujeres que vivían solas.

Cuando tales cosas claman venganza al cielo, no hay que preguntar si la sociedad es ó no culpable. Sí, la sociedad lo es de esas horribles situaciones, y todos participamos más ó menos de la culpa; participamos á lo menos por nuestro silencio, nuestra incuria, nuestra costumbre de cerrar los ojos; pero frecuentemente participamos más por nuestros ejemplos, nuestros propios pecados, nuestros crímenes contra la conciencia, la ley de Dios y la religión. Como el fariseo del Evangelio, contemplamos con orgullosa complacencia todas esas pobres criaturas y todos esos hechos á los que se da el nombre de desperdicios de la humanidad, de mundo criminal, de estafa, como una planta parásita que se adhirió á la sociedad y á la vida civil; pero con razón declara un hombre que conoce perfectamente esas miserias, Lallemand, que es el organismo social mismo quien las ha producido, y que semejantes á un absceso que resulta de la acumulación de malos humores, deben ser calificadas de mal social. ⁽²⁾

Sí, la miseria moral que acompaña á nuestra civilización es una consecuencia de esa misma civilización, y muy merecida; por consiguiente, una falta de la sociedad que tan orgullosa está de su civilización. La sociedad inglesa tan distinguida, tan rica, nada supo hacer mejor que gritar y dirigirse á los tribunales para que desapareciese el

(1) Mullois-Müller, *La misère à Paris*, 357, 363.

(2) Lallemand, *Des deutsche faumerthums*, I, p. VIII y sig., 28, 334, 335, Ettingen, *loc. cit.*, 3. Aufl. 210 y sig., 326 y sig., 424 y sig., 503.

escándalo público y el peligro de la seducción, cuando W. E. Stead publicó un ataque contra ella en su escrito: *El tributo de jóvenes en la Babilonia moderna*; pero con eso demostró que el autor había puesto el dedo en la llaga. Juzgaba el ilustre cardenal Manning que no era un insulto, sino la pura verdad, afirmar que la sociedad, tanto la fina y educada como la ordinaria, suministraba á los altares en que públicamente se rinde culto á Baal y Astarté muchedumbres mayores que en Babilonia y Cartago. Si hubiese alguien que no quisiera admitir esta conclusión con respecto á los pecados de los adultos, nadie la negará teniendo en cuenta los crímenes cometidos por niños; pero los pecados cometidos por los niños y por los menores prueban lo mismo. Si niños de diez años se suicidan, si jovencitas de once años prestan excelentes servicios como bailarinas y como seductoras; si á los doce años son actrices en los teatros populares ¿tienen la culpa únicamente los niños? No es creíble, se dice á menudo, lo malo que son ahora los niños. ¿Por qué no es creíble? Mas bien es fácil de comprender que deben ser así; jamás, en la familia han sentido el efecto saludable de un buen ejemplo, de una palabra útil. Influencia religiosa no experimentan ninguna; pueden frecuentar el trato de quienes quieran; ven y oyen á sus propios padres lo que no podemos decir aquí. Hacen á los seis años lo que deberían ignorar á los veinte. Van á la escuela, pero nuestra escuela no sirve para ennoblecer los corazones, ni para llevar las almas hacia Dios.

Cuando ha hecho de ellos máquinas automáticas, que exteriormente funcionan; cuando les ha llenado la cabeza de orgullo, la voluntad de insubordinación y la imaginación de sensualidad por el estudio prematuro de la fisiología, considera cumplida su tarea. Así nadie puede acusar á los niños porque lleguen á ser lo que son; se debe más bien mirarlos como víctimas dignas de lástima. Si se quiere designar á los culpables, se debe designar á los padres, á los maestros, á los que forman la opinión pública, á los representantes del pueblo, á los jefes de los municipios, á los